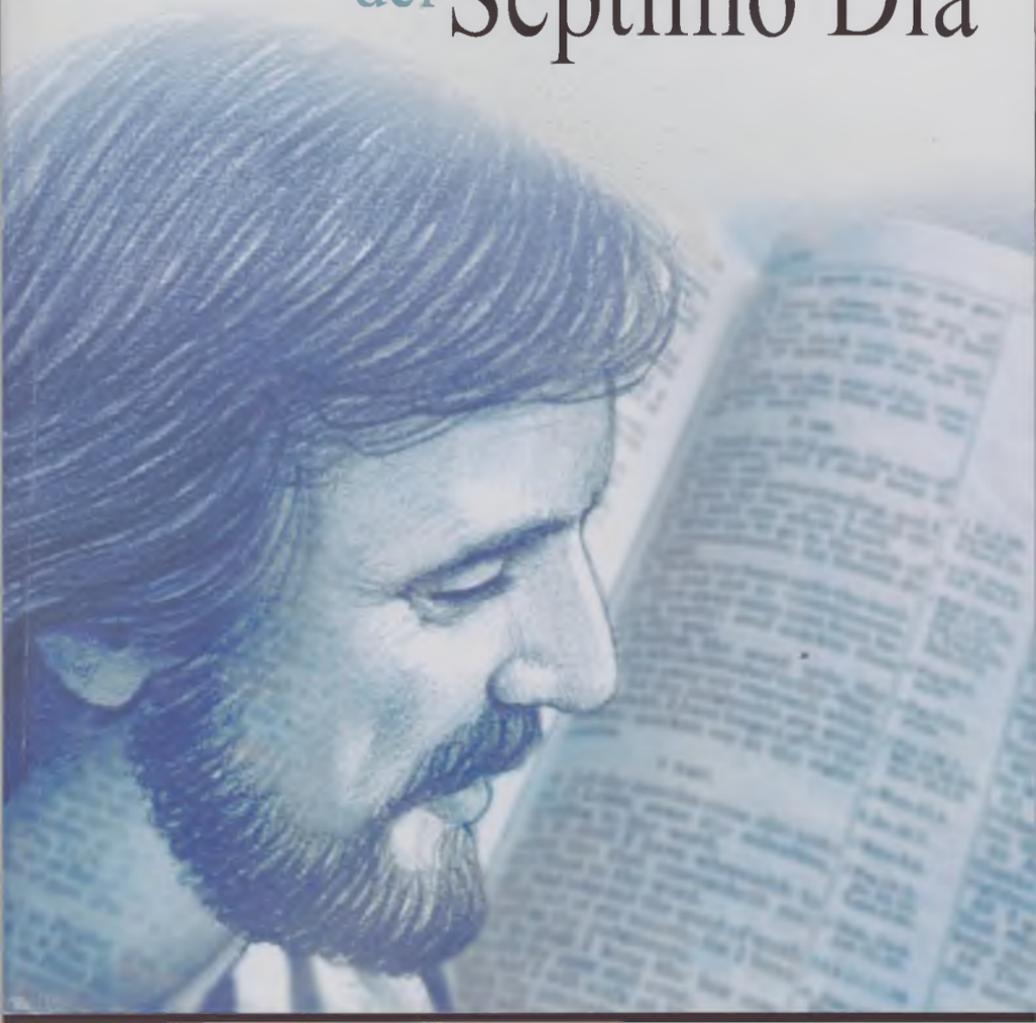


Una exposición
bíblica de las
doctrinas
fundamentales

Creencias de los Adventistas del Séptimo Día



3

Dios el Padre

Dios, el Padre Eterno es el Creador, Originador, Sustentador y Soberano de toda la creación. Es justo y santo, misericordioso y clemente, tardo en airarse y abundante en amor y fidelidad. Las cualidades y las facultades del Padre se manifiestan también en el Hijo y en el Espíritu Santo (Gen. 1:1; Apoc. 4:11; 1 Cor. 15:28; Juan 3:16; 1 Juan 4:8; 1 Tim. 1:17; Éxo. 34:6, 7; Juan 14:9).

COMIENZA EL GRAN DÍA DEL JUICIO. Tronos ardientes con ruedas de fuego son colocados en sus lugares. El Anciano de Días ocupa su lugar. De majestuosa apariencia, preside sobre la corte. Su presencia formidable se impone sobre el vasto público que llena el salón de la corte. Delante de él hay una multitud de testigos. El juicio está preparado, los libros se abren, y comienza el examen del registro de las vidas humanas (Dan. 7:9,10).

El universo entero ha estado esperando este momento. Dios el Padre ejecutará su justicia contra toda maldad. Se pronuncia la sentencia: "Se dio el juicio a los santos del Altísimo; y... recibieron el reino" (Dan. 7:22). Por todo el cielo resuenan gozosas alabanzas y acciones de gracia. El carácter de Dios es percibido en toda su gloria, y su maravilloso nombre es vindicado por todo el universo.

Conceptos acerca del Padre

Con frecuencia se comprende mal a Dios el Padre. Muchos conocen la misión que Cristo vino a cumplir a este mundo a favor de la raza humana, y están al tanto del papel que el Espíritu Santo realiza en el individuo, pero, ¿qué tiene que ver con nosotros el Padre? ¿Está él, en contraste con el Hijo lleno de bondad y el Espíritu, totalmente separado de nuestro mundo? ¿Es acaso el Amo ausente, la Primera Causa inamovible?

O será él, según algunos piensan, el "Dios del Antiguo Testamento", un Dios

de venganza, caracterizado por el dicho: "Ojo por ojo y diente por diente" (ver Mat. 5:38; Éxo. 21:24); un Dios exigente, que requiere conducta perfecta, bajo la amenaza de terribles castigos. Un Dios que ofrece un contraste absoluto con la descripción que hace el Nuevo Testamento de un Dios de amor, el cual nos pide que volvamos la otra mejilla y que caminemos la segunda milla (Mat. 5:39-41).

Dios el Padre en el Antiguo Testamento

La unidad del Antiguo y Nuevo Testamento, y su plan común de redención, se revela por el hecho de que el mismo Dios habla y actúa en ambos Testamentos para la salvación de su pueblo. "Dios habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo" (Heb. 1:1, 2). Si bien el Antiguo Testamento alude a las Personas de la Deidad, no las distingue entre sí. Pero el Nuevo Testamento deja claro que Cristo, Dios el Hijo, fue el agente activo en la creación (Juan 1:1-3, 14; Col. 1:16) y que él fue el Dios que sacó a Israel de Egipto (1 Cor. 10:1-4; Éxo. 3:14; Juan 8:58). Lo que el Nuevo Testamento declara acerca del papel que Cristo desempeñó en la creación y el éxodo, sugiere que aun el Antiguo Testamento a menudo describe a Dios el Padre por medio del Hijo. "Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo" (2 Cor. 5:19). El Antiguo Testamento describe al Padre en los términos siguientes:

Un Dios de misericordia. Ningún pecador ha visto jamás a Dios (Éxo. 33:20). No tenemos ninguna fotografía de su rostro. Dios demostró su carácter por sus hechos de misericordia y por la descripción de sí mismo que proclamó ante Moisés: Jehová! ¡Jehová! Fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación" (Éxo. 34:6,7; ver Heb 10:26,27). Con todo, la misericordia no perdona ciegamente, sino que se deja guiar por el principio de la justicia. Los que rechazan la misericordia divina, cosechan el castigo de su iniquidad.

En el Sinaí, Dios expresó su deseo de ser el amigo de Israel, y de estar con su pueblo. Por eso le dijo a Moisés: "Y harán un santuario para mí, y habitaré en medio de ellos" (Éxo. 25:8). Por cuanto el santuario era la morada de Dios en la tierra, se convirtió en el punto focal de la experiencia de Israel.

El Dios del pacto. Ansioso de establecer relaciones perdurables, Dios estableció pactos solemnes con personajes como Noé (Gén. 9:1-17) y Abraham (Gén. 12:1-3,

K • LOS ADVENTISTAS DEL SÉPTIMO DÍA CREEN EN..

7; I.i: 14-17; 15:1, 5,6; 17:1-8; 22:15-18; ver el capítulo 7 de esta obra). Estos pactos revelan un Dios personal y amoroso, que se interesa en las situaciones por las que pasa su pueblo. A Noé le dio la seguridad de que habría estaciones regulares (Gén. 8:22) y de que nunca sucedería otro diluvio mundial (Gén. 9:11); a Abraham le prometió numerosos descendientes (Gén. 15:5-7) y una tierra en la cual pudiera morar (Gén. 15:18; 17:8).

El Dios redentor. En el éxodo, Dios guió milagrosamente a una nación de esclavos hasta la libertad. Este gran acto redentor constituye el telón de fondo de todo el Antiguo Testamento y provee un ejemplo del anhelo que Dios siente de ser nuestro Redentor. Dios no es una persona distante y desconectada, que no se interesa por nosotros; por el contrario, se halla íntimamente involucrado en nuestros asuntos.

Los salmos, especialmente, fueron inspirados por la profundidad de la ingerencia amorosa de Dios: “Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste, digo: ¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre para que lo visites?” (Sal. 8:3,4). “Te amo, oh Jehová, fortaleza mía. Jehová, roca mía y castillo mío, y mi libertador; Dios mío, fortaleza mía, en él confiaré; mi escudo, y la fuerza de mi salvación, mi alto refugio” (Sal. 18:1,2). “Porque no menospreció ni abominó la aflicción del afligido, ni de él escondió su rostro” (Sal. 22:24).

Un Dios de refugio. David consideraba a Dios como alguien en quien podemos encontrar refugio, muy a semejanza de las seis ciudades de refugio israelitas, establecidas para socorro de los fugitivos inocentes. El tema del “refugio” que aparece repetidamente en los salmos, describe tanto a Cristo como al Padre. La Deidad era un refugio para el salmista. “Él me esconderá en su tabernáculo en el día del mal; me ocultará en lo reservado de su morada; sobre una roca me pondrá en alto” (Sal. 27:5). “Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones” (Sal. 46:1). “Como Jerusalén tiene montes alrededor de ella, así Jehová está alrededor de su pueblo desde ahora y para siempre” (Sal. 125:2).

El salmista expresa el anhelo de gozar más de la presencia de su Dios: “Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo” (Sal. 42:1, 2). Por experiencia propia, David testificó: “Echa sobre Jehová tu carga, y él te sustentará; no dejará para siempre caído al justo” (Sal. 55:22). “Esperad en él en todo tiempo, oh pueblos; derramad delante de él vuestro corazón; Dios es nuestro refugio” (Sal. 62:8). El Creador es un “Dios misericordioso y clemente, lento para la ira, y grande en misericordia y verdad” (Sal. 86:15).

Un Dios perdonador. Después de haber cometido adulterio y asesinato, David rogó con profundo anhelo: "Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones". "No me eches de delante de ti, y no quites de mí tu Santo Espíritu" (Sal. 51:1,11). Se sintió reconfortado por la seguridad de que Dios es maravillosamente misericordioso. "Porque como la altura de los cielos sobre la tierra, engrandeció su misericordia sobre los que le temen. Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones. Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen. Porque él conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo" (Sal. 103:11-14).

Un Dios de bondad. Dios es el que "hace justicia a los agraviados, que da pan a los hambrientos. Jehová liberta a los cautivos; Jehová abre los ojos a los ciegos; Jehová levanta a los caídos; Jehová ama a los justos. Jehová guarda a los extranjeros; al huérfano y a la viuda sostiene" (Sal. 146:7-9). ¡Qué maravilloso es el cuadro de Dios que presentan los Salmos!

Un Dios de fidelidad. A pesar de la grandeza de Dios, Israel pasó la mayor parte del tiempo apartado de él (Lev. 26; Deut. 28). Se describe la actitud de Dios para con Israel como la de un esposo que ama a su esposa. El libro de Oseas ilustra en forma conmovedora la fidelidad de Dios frente al flagrante rechazo e infidelidad de su pueblo. La persistente disposición de Dios a perdonar, revela su carácter de amor incondicional.

Si bien Dios, en su deseo de corregir la conducta de Israel, le permitió experimentar las calamidades causadas por su infidelidad, de todos modos lo abrazó con su misericordia. Le aseguró: "Mi siervo eres tú; te escogí, y no te deseché. No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes porque yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia" (Isa. 41:9,10). A pesar de su infidelidad, Dios le promete con ternura: "Y confesarán su iniquidad, y la iniquidad de sus padres, por su prevaricación con que prevaricaron contra mí... entonces se humillará su corazón incircunciso, y reconocerán su pecado. Entonces yo me acordaré de mi pacto con Jacob, y asimismo de mi pacto con Isaac, y también de mi pacto con Abraham me acordaré" (Lev. 26:40-42; ver Jer. 3:12).

Dios le recuerda a su pueblo su actitud redentora: "Israel, no me olvides. Yo deshice como una nube tus rebeliones, y como niebla tus pecados; vuélvete a mí, porque yo te redimí" (Isa. 44:21,22). Con razón Dios tiene derecho a decir: "Mirad a mí, y sed salvos todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay más" (Isa. 45:22).

Un Dios de salvación y de venganza. La descripción que hace el Antiguo Testamento de Dios como un Dios de venganza, debe ser colocada en el contexto

de la destrucción de su pueblo fiel por los malvados. A través del tema del "día del Señor", los profetas revelan las acciones de Dios en defensa de su pueblo al fin del tiempo. Es un día de salvación para su pueblo, pero un día de venganza sobre sus enemigos, los cuales serán destruidos. "Decid a los de corazón apocado: Esforzaos, no temáis; he aquí que vuestro Dios viene con retribución, con pago; Dios mismo vendrá, y os salvará" (Isa. 35:4).

Un Dios paternal. Dirigiéndose a Israel, Moisés se refirió a Dios llamándolo su Padre, que los había redimido: "¿No es él tu Padre que te creó?" (Deut. 32:6). Por la redención, Dios adoptó a Israel como su hijo. Isaías escribió: "Ahora pues, Jehová, tú eres nuestro Padre" (Isa. 64:8; ver el cap. 63:16). Por medio de Malaquías, Dios afirmó su paternidad (Mal. 1:6). En otro texto, el mismo profeta relaciona la paternidad de Dios con su papel como creador: "¿No tenemos todos un mismo Padre? ¿No nos ha creado un mismo Dios?" (Mal. 2:10). Dios es nuestro Padre tanto por la creación como por la redención. ¡Qué verdad más gloriosa!

Dios el Padre en el Nuevo Testamento

El Dios del Antiguo Testamento no difiere del Dios del Nuevo. Dios el Padre está revelado como el originador de todas las cosas, el Padre de todos los verdaderos creyentes, y en un sentido especialísimo, el Padre de Jesucristo.

El Padre de toda la creación. Pablo identifica al Padre, distinguiéndolo de Jesucristo: "Solo hay un Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas... y un Señor, Jesucristo, por medio del cual son todas las cosas, y nosotros por medio de él" (1 Cor. 8:6; ver Heb. 12:9; Juan 1:17). El apóstol da el siguiente testimonio: "Doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra" (Efe. 3:14,15).

El Padre de todos los creyentes. En los tiempos del Nuevo Testamento, esta relación espiritual entre padre e hijo existe, no entre Dios y la nación de Israel, sino entre Dios y el creyente individual. Jesús provee los parámetros que guían esta relación (Mat. 5:45; 6:6-15), la cual se establece a través de la aceptación que el creyente hace de Jesucristo (Juan 1:12,13).

A través de la redención que Cristo ha obrado, los creyentes son adoptados como hijos de Dios. El Espíritu Santo facilita esta relación. Cristo vino "para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos. Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!" (Gál. 4:5, 6; ver Rom. 8:15,16).

Jesús revela al Padre. Jesús, Dios el Hijo, proveyó la más profunda revelación de Dios el Padre al venir en la carne humana, en calidad de autorrevelación de Dios (Juan 1:1,14). Juan declara: “A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo... él le ha dado a conocer” (Juan 1:18). Jesús dijo: “He descendido del cielo” (Juan 6:38); “el que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Juan 14:9). Conocer a Jesús es conocer al Padre.

La epístola a los Hebreos hace énfasis en la importancia de esta revelación personal: “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo... siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder” (Heb. 1:1-3).

1. Un Dios que da. Jesús reveló que su Padre es un Dios generoso, que da. Vemos su generosidad en el acto de dar durante la creación, en Belén y en el Calvario.

En la creación, el Padre y el Hijo actuaron juntos. Dios nos dio vida a pesar de saber que hacer eso llevaría a su propio Hijo a la muerte.

En Belén, se entregó a sí mismo al entregar a su Hijo. ¡Qué dolor habrá experimentado el Padre cuando su Hijo entró en nuestro planeta contaminado por el pecado! Imaginemos los sentimientos del Padre al ver a su Hijo cambiar el amor y la adoración de los ángeles por el odio de los pecadores; la gloria y felicidad del cielo por el sendero de la muerte.

Pero es el Calvario lo que provee para nosotros la mayor comprensión del Padre. El Padre, siendo divino, sufrió el dolor de verse separado de su Hijo —en la vida y en la muerte— con mayor intensidad de lo que ningún ser humano jamás podría experimentar. Además, sufrió con Cristo en la misma medida. ¡Cómo podríamos pretender que existiera un testimonio mayor acerca del Padre! La cruz revela, como ninguna otra cosa puede hacerlo, la verdad acerca del Padre.

2. Un Dios de amor. El tema favorito de Jesús era la ternura y el abundante amor de Dios. “Amad a vuestros enemigos —dijo el Salvador—, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos” (Mat. 5:44, 45). “Y será vuestro galardón grande, y seréis hijos del Altísimo, porque él es benigno para con los ingratos y malos. Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso” (Luc. 6:35, 36).

Al humillarse para lavar los pies del que lo traicionaría (Juan 13:5,10-14), Jesús reveló la naturaleza amante del Padre. Al contemplar a Cristo alimentando a los

hiMilni'iilo₁ (Mm, 6:39-44; cap. 8:1-9), sanando a los sordos (Mar. 9:17-29), de-
 111Nn'iiki <I habla a los mudos (Mar. 7:32-37), abriendo los ojos de los ciegos (Mar.
 II ' 1. (>), levantando a los paralíticos (Luc. 5:18-26), curando a los leprosos (Luc.
 • 12, I i), resucitando a los muertos (Mar. 5:35-43); Juan 11:1-45), perdonando a los
 pecadores (Juan 8:3-11), y echando fuera demonios (Mat. 15:22-28; 17:14-21),
 vemos al Padre mezclándose con los hombres, trayéndoles su vida, libertándolos,
 concediéndoles esperanza, y llamando su atención a la nueva tierra restaurada que
 habría de venir. Cristo sabía que la única forma de llevar a los individuos al ar-
 repentimiento era revelarles el precioso amor de su Padre (Rom. 2:4).

Tres de las parábolas de Cristo describen la preocupación amorosa que Dios
 siente por la humanidad perdida (Luc. 15). La parábola de la oveja perdida enseña
 que la salvación viene a nosotros por iniciativa de Dios, y no porque nosotros
 podamos buscarlo a él. Como un pastor ama a sus ovejas y arriesga su vida
 cuando una falta, así también en medida cada vez mayor, Dios manifiesta su
 amor anhelante por todo pecador perdido.

Esta parábola también tiene significado cósmico: La oveja perdida representa
 nuestro mundo rebelde, un simple átomo en el vasto universo de Dios. El hecho
 de que Dios haya entregado el costoso don de su Hijo con el fin de restaurar a
 nuestro planeta al redil, indica que nuestro mundo caído es tan precioso a los
 ojos de él como el resto de su creación.

La parábola de la moneda perdida destaca el inmenso valor que Dios coloca
 sobre nosotros los pecadores. Y la parábola del hijo pródigo muestra el amor in-
 finito del Padre que le da la bienvenida al hogar a sus hijos penitentes. Si hay gozo
 en el cielo por un pecador que se arrepiente (Luc. 15:7), imaginemos el gozo que
 el universo experimentará cuando nuestro Señor venga por segunda vez.

El Nuevo Testamento hace clara la íntima participación que el Padre tiene en
 el retorno de su Hijo. Ante la segunda venida, los malvados claman a las monta-
 ñas y a las rocas: "Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que
 está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero" (Apoc. 6:16). Jesús dijo:
 "Porque el Hijo del hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles" (Mat.
 16:27); "... veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y vi-
 niendo en las nubes del cielo" (Mat. 26:64).

Con un corazón anhelante, el Padre anticipa la Segunda Venida, cuando los
 redimidos sean finalmente llevados a su hogar eterno. Entonces se verá que su
 acto de enviar "a su Hijo unigénito al mundo para que vivamos por él" (1 Juan
 4:9) claramente no habrá sido en vano. Únicamente el amor abnegado e insondable
 puede explicar por qué, aunque éramos enemigos, "fuimos reconciliados con
 Dios por la muerte de su Hijo" (Rom. 5:10). ¿Cómo podríamos rechazar tal amor,
 y rehusar reconocerle como nuestro Padre?

Encuentra más materiales para las clases J.A en www.mundoja.org

MUNDO  J.A

Síguenos





Creencias de los Adventistas del Séptimo Día

Una exposición
bíblica de las
doctrinas
fundamentales

Jesús, el foco central

de las Escrituras y de la historia, también es el foco central de la doctrina y la experiencia del adventista. En este libro dinámico tiene a la mano sus creencias fundamentales; puede explorarlas, considerarlas, estudiarlas y corroborarlas.

Este tomo muestra en detalle cómo cada creencia está basada en la Biblia y centrada en Jesucristo. Las diferentes creencias o doctrinas destacan diversas facetas del amoroso carácter de Cristo. Cada una revela cómo es él y lo que significa una relación con él.

Los miembros de la Iglesia Adventista pueden leer este libro para profundizar en las raíces de su fe, para redescubrir aquellos detalles de la verdad que los inspiraron cuando sintieron por primera vez el gozo de la salvación.

Estudiantes de cualquier trasfondo descubrirán ricas enseñanzas conducentes a una relación personal satisfactoria con Jesús. Si usted es miembro de otra iglesia, en este libro encontrará algunas perspectivas nuevas. Los cristianos seguimos siendo una minoría en el mundo. Necesitamos sacar provecho de nuestro conocimiento mutuo y crecer. Este libro es una contribución de la Iglesia Adventista en favor del crecimiento “en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Ped. 3:18).

Creencias de los Adventistas del Séptimo Día representa una fuente auténtica de información en cuanto a las enseñanzas de la Iglesia Adventista, porque fue escrito por adventistas. Más de 230 hombres y mujeres examinaron el manuscrito y contribuyeron a la publicación de este libro. Muchos compartieron vivencias ganadas a través de años de estudio, oración y una relación personal con Jesús.



ISBN 978-987-567-362-5



9 789875 1673625